

El esteta ante la Historia

(Véanse las entregas 2 y 3 del tomo en curso).

=De El Sol. Madrid.=

UNAS palabras finales de comentario a las cartas de Bernard Shaw sobre el fascismo. El artista—decía en el artículo anterior—es, esencialmente, histriónico y antijurídico. La hipertrofia de su yo le impide ver y sentir los dolores del mundo circundante; el artista anula al hombre. Hay excepciones en que el hombre supera al artista y, sumergiéndose en la vida que le rodea, hace suyo todo su dolor y su destino; la piedad es entonces su musa.

Generalmente el alma del artista es despiadada: no siente la injusticia y admira la fuerza. Naturaleza epicena, tiene del hombre y de la mujer los rasgos negativos o inferiores: la dureza masculina y la debilidad femenina. Desde Platón—arquetipo del temperamento aristocrático—, amigo de Dionisio el Joven (aunque luego expulsado de Siracusa), todas las tiranías han recibido el homenaje y los servicios de muchos artistas. Singularmente al hombre de letras, imaginativo o contemplativo, le fascina el hombre de acción, audaz y violento; en él se ve complementado. No me sorprende la admiración de Bernard Shaw por Mussolini; aunque menos brillantes, en otros países podrían señalarse paralelos análogos; en alguna ocasión he comentado el rendimiento del argentino Lugones por algunos déspotas de América; podrían multiplicarse los ejemplos. Donde se da un hombre de fuerza, real o aparente, nunca le falta su corte intelectual. Muchas veces sólo por el mecenado; no hay que olvidar que durante muchos siglos el artista era una prolongación de la servidumbre de los grandes señores.

Bernard Shaw ha sentido la sugestión de algunos capitanes de la Historia—aproximaciones de su Superhombre—, como César y Napoleón, y los ha incorporado a su obra dramática. Y para enaltecer a Mussolini, no desdén en equiparar su labor en Italia con la de Napoleón a su regreso de Egipto. Con esta sola diferencia, que confirma la semejanza: que en vez del duque d'Enghien, hay que poner a Matteotti. El desmedido elogio bien merece un hurra fascista, no regateado por la prensa italiana, si bien expurgando el texto de la apología de Shaw.

Porque hay que hacerle al dramaturgo irlandés la justicia de no haberse cegado en cuanto a los procedimientos de los fascios. Honradamente los reconoce. Pero al propio tiempo los exculpa. «Pues es claro—escribe—que nuestro juicio hacia un nuevo régimen no puede ser determinado por los medios que se emplean para fundarlo». Desde Augusto hasta Lenin ha habido «docenas de grandes usurpaciones, efectuadas merced a

un *coup d'Etat*, y cada uno de estos *coups* fué una operación inmunda, por virtud de la cual las personas decentes y leales fueron maltratadas por la justicia de los magistrados serviles, con la ayuda de testigos falsos, o golpeadas, torturadas y asesinadas por las partidas infernales de pretorianos armados... La única novedad en el caso de Italia fué el aceite de ricino; pero muchas personas preferirán que se les purgue a ser alquitranadas y emplumadas». Mas no se crea que en la sensibilidad moral de Bernard Shaw sólo caben bromas de mal gusto: «yo detesto—añade después—la barbarie que los fascistas cometieron camino del gobierno. Pero no tengo tiempo que perder, ni quiero comprometer mi reputación de buen sentido, negándome a aceptar el hecho consumado».

El buen sentido aconseja, pues, aceptar los hechos consumados. De este modo, en el enjuiciamiento de la Historia se elimina todo criterio moral o jurídico. ¿Pero no es hecho consumado el régimen capitalista? ¿Y por qué Shaw, socialista, lo ha combatido siempre, en vez de aceptarlo, para no perder su reputación de hombre de buen sentido? Y si en las relaciones de los individuos entre sí cabe una valoración ética y jurídica, ¿porqué no admitirla también en las relaciones entre Estados o entre un Estado y sus ciudadanos? ¿Por qué ha de ser todo igualmente malo e igualmente necesario? Esa será la actitud de un esteta, pero no puede ser la de un hombre.

Es de suponer que si un *hooligan* le atracara una noche en Londres, pretendiendo despojarle de sus derechos de autor, no se contentaría Bernard Shaw con decir que siempre ha habido ladrones y que el buen sentido recomienda someterse al asaltante cuando su fuerza es mayor, sino que iría a la Scotland Yard a denunciar el hecho a la Policía. Pero este principio elemental de justicia histórica no es aplicable, en su opinión, a un Estado. En la guerra europea, todos los beligerantes fueron, a su juicio, igualmente responsables; el criterio de agresión, válido contra un *apache* en el orden civil, no puede existir en el orden internacional. Del mismo modo, todas las revoluciones y todas las tiranías son igualmente aceptables, cuando se imponen, e igualmente necesarios sus procedimientos. La Revolución francesa no es más legítima que la matanza de armenios por los turcos. Una revolución pretoriana es lo mismo, en moral y en derecho, que una revolución de esclavos. No cabe admitir que los fines de una sean más justos que los de otra, ni que unos medios sean más lici-

tos que otros, según su propia calidad y según el fin a que sirven: la dureza de un Cromwell no se distingue de la servicia de un doctor Francia. El rasero estético lo nivela y justifica todo, y la Historia se reduce a suministrar asuntos para escribir comedias y apologías de dictaduras ajenas.

Pero Bernard Shaw no se mantiene firme en esta interpretación de la Historia. No acepta sólo el fascismo por las peregrinas razones que aduce: por ser un hecho consumado y porque la «lira despótica» vale más que el «franco democrático»; porque el aceite de ricino es más suave que el alquitrán, y porque Italia está gobernada por «un hombre del pueblo», mientras a la Francia libre, igualitaria y fraternal la rige «monsieur Poincaré». Todo esto podría hacerle sospechoso de decadencia mental. Pero hay, de pasada, una afirmación que le redime de algunas de sus inepticias, y es cuando dice, refiriéndose a algunas de las reformas de Mussolini, que «le llevarán a un serio conflicto con el capitalismo, y ciertamente no es

negocio mío ni de ningún otro socialista debilitarle en previsión de tal conflicto». Si así fuera, estaría explicada su devoción por el fascismo, aun prescindiendo de otras motivaciones psicológicas. Pero el artista falla aquí también. Mal informado, fantasea lindamente sobre la Historia que tiene delante de los ojos. Creer que el fascismo chocará con el capitalismo es como creer que la Luna chocará con el Sol; los satélites obedecen.

Mejor enterado, otro fabiano inglés, Deslile Burns, refutó recientemente a Bernard Shaw en una sesión de la Sociedad Fabiana, desarrollando el tema siguiente: *El fascismo, Estado superburgués*. Y las risas con que el inteligente auditorio recibió la pregunta hecha por Bernard Shaw al final de la conferencia: «¿De qué ha estado usted hablando esta noche?», no eran, tal vez, como en otro tiempo, un modo de celebrar el sutil ingenio shawiano, sino una burla de sus limitaciones actuales. Si hemos de volver a Matusalén, que sea por lo menos con todo el vigor de la inteligencia.

Luis Araquistain

María Guerrero

= De A. B. C. Madrid =

NUNCA un ser humano se ha podido parecer tanto a una tierra como, a la suya, María Guerrero. Desde el nombre que, al nacer, le acordó el connubio de bautismo y estirpe, hasta los surcos que la ancianidad abrió en la anchura luminosa de su cara, todo, todo en ella—cuerpo, alma, voz, palabra, ademán, arreos, arte, destino—reproduce, en conmovedora fidelidad, la estructura y la fisonomía de lo castellano.

Ahora lo vemos con claridad; ahora, en el paso de la presencia al recuerdo. Esto era un poco del barro auténtico de un paisaje, vivificado por un poco del énfasis legítimo de una historia.

Así ha sido de grande. Y así trabajó. Trabajo y trabajos. Como Castilla su arquetipo, en esa heroica vocación de cultivar lo que se desmorona. Y de mascar la soledad con tenazas de orgullo... Aquí, si pudo encontrar fuegos de entusiasmo, aguas de ternura, jamás.

Su Castilla, que tantas veces levantó en vilo a María Guerrero, no supo nunca consolarla... Eran demasiado iguales los dos. Su amor recíproco tenía algo de forcejeo.

En ocasiones, la tierra, más fuerte, si no más ardorosa, venía a la mujer. Entonces, ésta huía, desaparecía. Al cabo de un tiempo, regresaba. Más erguida que nunca. Asomaba por la línea del horizonte en un amanecer claro y crudo de publicidad. Y al trabajo otra vez. Y a los trabajos.

Hasta la mañana fría de enero, en que, bajo un sol blanco, han concluido por abrazarse, por fundirse las dos.

**

Vibra ahora, por el camino del aire, en recortado perfil acústico, el son de unos adamantinos versos, alondra o saeta, partida de una boca llena de substancia terrenal. Sube a clavarse, más allá de lo que alcanza la vista, en el corazón del futuro.

Como el cuerpo se desprende del alma, el énfasis se desprende del barro... Para el cielo, también.

Para dejar acrecido, detrás del azul, el patrimonio celeste de Castilla.

Más polvo, en el paisaje desmoronado... Más, más historia todavía, en el empuje de lo inmortal.

Eugenio d'Ors